



Algunas hipótesis sobre la estética de la incomodidad

Alan Quezada Figueroa ¹

Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, México.

Resumen: el mundo contemporáneo está habituado a vivir bajo el amparo de la comodidad y la apariencia, en función de evitar cualquier rastro de dolor y de conciencia, que genere cualquier atisbo de responsabilidad. La responsabilidad siempre es angustiante, a pesar de significar un mayor mejor, de manera que evitar enfrentarse a la sensibilidad profunda, con todo y sus vaivenes, resulta siempre en la devastación a las relaciones interpersonales, la fragmentación social y la devastación planeada. Es preciso desarrollar una conciencia crítica que vaya más allá de la complacencia y que en un primer momento aluda a la incomodidad, como acicate, interpelación y toma de conciencia, de modo que se trate de la génesis de una estética liberadora y descolonial, que busque la transformación.

Palabras clave: Anestésica, Sinestésica, Sensibilidad, Angustia, Incomodidad.

Resumo: O mundo contemporâneo está acostumado a viver sob a proteção do conforto e da aparência, a fim de evitar qualquer vestígio de dor e consciência, o que gera qualquer indício de responsabilidade. A responsabilidade é sempre angustiante, apesar de significar um melhor maior, de modo que evitar enfrentar a sensibilidade profunda, com tudo e seus altos e baixos, resulta sempre na devastação das relações interpessoais, na fragmentação social e na devastação planejada. É necessário desenvolver uma consciência crítica que ultrapasse a complacência e que alude inicialmente ao desconforto, como incentivo, desafio e consciência, para que seja a gênese de uma estética libertadora e descolonial, que procura a transformação.

Palavras-chave: Anestésico, Sinestésico, Sensibilidade, Angústia, Desconforto

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad de Guanajuato, México. Profesor titular en la Escuela Nacional de Danza Folklórica, del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, impartiendo las materias de: estética, teoría del arte y filosofía de la danza. Publiqué los libros: *Miradas filosóficas. Estética del cine en México, Consideraciones estéticas. Horizontes multidisciplinares de la sensibilidad y El cine rebelde. La descolonialidad latinoamericana a través de sus cinematografías críticas*; hago parte de la Asociación de filosofía y Liberación, y de la Asociación Mexicana de Estudios en Estética. Mis líneas de investigación giran en torno a la estética, el pensamiento latinoamericano, la ética, la filosofía política, el pensamiento descolonial y la filosofía de la liberación.

1. Introducción

“¿Quieres propina o un consejo millonario?”, es la interpelación con la que el famoso consultor y *coach* de negocios mexicano, Carlos Muñoz -controvertido personaje recién aparecido en nuestra extraordinaria historia nacional-, busca llamar la atención de un mesero que servía en uno de los eventos en los que dicho interlocutor estuviera desarrollando una de sus exitosas conferencias. En esta aparentemente inocente, pero en realidad bastante agresiva interpelación, el empresario buscaba figurar como la luz al final del túnel en el – supuestamente – mediocre estilo de vida del camarero. La lectura entre líneas es básicamente la siguiente: “podrías estar mejor si sigues mis consejos, dado que tu falta de éxito se debe a tu corta visión de la realidad, sólo falta que mi ayuda te desvele de las ilusiones que te hacen vivir en la conformidad”. El mencionado conferencista insiste hasta incomodar al joven. Lo interesante es que, si nos basamos en aquellos principios, debemos de comprender que una gran mayoría en este país -y en el resto del mundo- que sostiene la economía mediante su fuerza de trabajo, debería de aspirar al éxito -entendido como el poder adquisitivo- para escapar a su rutina mediocre, por lo que todas y todos somos susceptibles de triunfar en los negocios y así nadie más nos serviría; un momento ¿eso es lo que desearía verdaderamente un empresario, mercenario de los deseos, como Carlos Muñoz? Es paradójico, porque entonces ¿quién se encargaría de servir los alimentos y bebidas en sus eventos?, ¿quién mantendría en orden su casa y su agenda operativa? Y finalmente, ¿quién mantendría su ostentoso estilo de vida?

Más allá de esto conviene ahondar en la promesa de bienestar, no sólo del conferencista, sino en general en las promesas de lo que llamaré de aquí en más: “analgésicos”, en este caso materializados desde el *coaching de vida* y el mundo de la autoayuda. El principio es simple: todas y todos podemos alcanzar el éxito, todo es posible si se decreta de la manera correcta, se trata solamente de decidirse y comenzar. La vida no es en realidad tan difícil, somos nosotros quienes la complicamos al no saber mirar la verdadera *belleza*; por supuesto, -para estas personas- la verdadera belleza se encuentra en lo accesorio, en la posibilidad de consumo, en un buen traje, un auto, una casa, una buena bebida y los lujos que se nos permitirían, sustentados realmente en el sufrimiento de los más, pero no nos adelantemos.

La presente es una reflexión así, como hasta el momento se ha presentado: incómoda y en apariencia, absurda, esto quiere decir que es falible, pero algo que no será es complaciente. Y es que aquella idea de éxito que permiten los medios antes mencionados, no son más que paliativos para un imaginario enfermo que, en principio, cae en el error de basar sus ideales de éxito en lo superficial, se trata de la *cosmética de la trivialidad*. El argumento central de la presente disertación dicta que las y los seres humanos que habitamos el llamado mundo occidental, en nuestros días, estamos más lejos de reconocer nuestras cualidades estéticas, es decir: nuestra sensibilidad. Nuestro aparente bienestar está edificado en castillos en el aire: promesas que nos mantienen

buscando un estilo de vida de hiperconsumo que, paradójicamente, no nos permiten ver lo esencial que -al decir del *Principito*²- “es invisible a los ojos”. Esto es clave en una civilización construida desde el *oculocentrisimo*, es decir, en la que la vista ocupa el pináculo de la percepción y de lo que se puede garantizar. Nuestros demás sentidos -excepto el oído- se encuentran adormecidos a la espera de ser requeridos como parte de la experimentación del mudo. Si dichos canales de entrada ni siquiera han podido ser agudizados, mucho menos las cualidades sensibles que a partir de ellos se activan en nosotras y nosotros. El mundo se capta limitada y sesgadamente.

Pero no, la limitación no es conforme la idea de éxito de los ya mencionados charlatanes del bienestar, porque ellos comercian mediante la manipulación. No invitan a los públicos a descubrir su propio camino vital, sino que les dictan, mediante aguzadas artimañas, lo que se *debe* o no se *debe* elegir como modelo y aspiración de vida. Entretanto, las personas se dejan guiar bajo la fantasía de que la felicidad es inmediata, es simple de edificar, siempre y cuando se tenga la credencial de acceso al *libre mercado*, no importa lo que se venda: la fuerza de trabajo, el cuerpo, el alma, los hijos, las lágrimas de los más, el dolor de las madres y el vacío en el estómago de criaturas inocentes, al otro lado del mundo; que están ahí, cultivando el cacao para el chocolate Nestlé que devora el niño privilegiado, que nunca tendrá consciencia de que su acto inocente fue el acabose de las energías de otro como él. En suma, nunca se conocerá a esa gente ya que ni siquiera es de la familia, aunque, en última instancia, a veces ni eso importa, si es con miras al propio placer superficial y al beneficio personal -dicho esto desde un país con un alto porcentaje de pades ausentes³-, “La explotación de la meretriz por el patrón proxeneta importa menos por la relación en la que alguien extrae beneficio de otro en tanto mera fuerza de trabajo que por cuestiones de género, indefensión, poder, ideología machista o patriarcal, etc.” (Nuñez, 116: 2014).

Llegado a este punto mece la pena interpelarles, respecto de si se ha incomodado la susceptibilidad de quien lee estas líneas. De ser así, ofrezco mis sinceras disculpas, sinceramente esa es mi intención. Así es que, si a lo largo de los párrafos que me restan se llega a sentir un vaivén emocional y sensible, entonces nuestro ejercicio está funcionando. Sí, se trata de incomodar, porque en un mundo en el que es más cómodo, en general, cerrar los ojos y hacer oídos sordos ante las situaciones más violentas y dolorosas, entonces no merecemos la tranquilidad, pero no sólo lo menciono con un dejo moralista de decidir quién merece y quién no merece la tranquilidad de su espíritu, sino que, además, lo menciono desde una honesta perspectiva estética que no es más, que una consecuencia lógica del desvelo, de abrir la sensibilidad ante lo que antes no se percibía fácilmente.

² La famosa novela infantil del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry.

³ En México cuatro de cada diez hogares tienen un padre ausente, dato extraído de <<https://www.infobae.com/america/mexico/2022/06/19/dia-del-padre-en-mexico-la-ausencia-de-la-paternidad-afectaria-al-40-de-los-hogares-del-pais/>> el 14/09/2022.

Partamos de lo esencial: la estética. Pero no aquella secuestrada por la teoría del arte, que ha permeado la mayoría de las facultades de filosofía y de las artes. No, vayamos a lo más esencial, la estética como *aesthesis*, como la indagación respecto de la sensibilidad misma. Ustedes ya habrán supuesto hasta aquí que, si he dicho lo anterior, significa que la tesis principal gira en torno a que no conocemos nuestra verdadera sensibilidad. Y no la reconocemos porque durante siglos hemos preferido la vía fácil -patrocinada por la modernidad capitalista-, es decir, que nos hemos quedado en la superficie de nuestro ser sensible -dicho sea de paso, la primacía de la racionalidad ante las pasiones nunca ayudó-. Podrá usted preguntarse ¿entonces qué es lo que siento?, ¿en qué están basadas mis emociones? Me atreveré a afirmar que ese nivel sensible, que apenas y reconocemos, es meramente un constructo edificado desde hace siglos. En aras de la simpleza en el gusto y de la obediencia hacia las -devastadoras- leyes del deseo, inscritas en la capacidad de consumo, se ha ido desdibujando el gesto de las y los Otra/os, que se suponían esenciales para nuestra supervivencia como especie, junto con nuestra garantía de estancia en este maltrecho Planeta. En algún punto nos perdimos de nuestra conexión humana y con la Tierra misma; incluso siempre nos referimos a la naturaleza como una entidad aparte y no como parte de nuestro mismo Ser.

Las siguientes hipótesis -que siguen en construcción- implican apenas algunos de los antecedentes y momentos de la necesidad de una estética que profundice en la naturaleza humana, como base del mismo ejercicio ético y político, así como de todo ejercicio social y humano. A riesgo de parecer excesivo, la estética figura en estas reflexiones como la base necesaria en los demás rubros de la organización humana, en función de conseguir un acicate crítico que nos despierte -al menos- poco antes de la llegada al desfiladero, en ese vehículo en el que vamos a gran velocidad y desde el que el caos parece inevitable; sin embargo esa será materia de posteriores reflexiones, por ahora me conformaré con presentar algunas hipótesis que sustentan la necesidad de una *estética de la incomodidad*.

2. Sólo sé que no siento nada: la búsqueda del *no sé qué*

El punto de partida es entonces la estética, pero no en su perspectiva dirigida a las artes, sino la estética como ese *no sé qué*, que en ocasiones no nos atrevemos a desentrañar o por el que no podemos decir por qué nos gusta lo que nos gusta o de qué manera nos gusta -lo mismo respecto del disgusto-. Si nos resulta confuso decir por qué sabemos o creemos que nos gusta algo, ha significado una mayor dificultad mencionar el cómo siento lo que siento y por qué. *No sé qué*: la fórmula por sí sola parece suficiente para cubrir de descrédito o ridículo, no solamente a una doctrina que ha elegido denominarse con esa etiqueta -que todo llevaría a considerar injuriosa- sino también a una ciencia o pseudo-ciencia, la estética, por albergar en su interior tal extravagancia (D'Ángelo y Velotti, 2021: 7).

Esto evidencia lo pocos recorridos que se encuentran los boscosos caminos de la estética, en cuanto a la indagación sensible: *aesthesis* y lo excesivo de su análisis en función de la teoría del arte, que es como la concibe inmediatamente Hegel (1991). Pero más allá del descrédito de dicho uso del que, si no se está cuestionando en sentido estricto su ejercicio, sí se señala su vastedad teórica, es importante profundizar en las ruinas de la estética con urgencia, para poder desmarcarse de algunos ejercicios de manipulación y neocolonización de las consciencias y las sensibilidades. Quizá lo anterior pueda tornarse un tanto excesivo, no obstante, el argumento que señala esta urgencia es innegable y se desarrolla en diferentes medios de control de los deseos contemporáneos, me refiero llanamente al *marketing* que, como medusa, atrapa a quien le percibe para convertirle en piedra; en este caso, el *marketing* como medio de manipulación de la sensibilidad consigue, si no convertir en piedra, sí acartonar la sensibilidad, por lo que se le sustituye con remedios comerciales que generan la sensación de bienestar; la fraternidad, el amor, la solidaridad y la compasión, son sentimientos que se han sustituido por el olor a nuevo de unos zapatos de piel fina, por el paseo por las vitrinas de los centros comerciales y las luces deslumbrantes de los aparadores. Se va ahí a tomar un respiro de la horrible cotidianidad y del pasaje urbano que se tiene que atravesar todos los días -para salir del *hedor* cotidiano (Kusch, 1999)-.

No es fantasioso el temor al *marketing* como instrumento de control, si se numeran aquí algunas de sus máscaras, como: el *marketing* de guerrilla (Levinson, 1998), el *neuromarketing* (Ortiz-López, 2019), (Mora, 2007), el *marketing* onírico (Angarita-Angarita-Rodríguez, 2019) y otros de sus derivados que evidencian, que la manipulación sensible no es un tratamiento improvisado o que tenga poco tiempo de existencia, sin duda desde antiguo se han implementado fórmulas para generar el deseo de los consumidores, lo cierto es que se guardaban ciertas apariencias mediante lo sugestivo, mientras que en la actualidad la diversidad de las técnicas de manipulación es grande y grave; esto quiere decir que se parte desde las formas más sutiles hasta las más obscenas, no importa si solamente se sugirió un producto o si se demandó directamente su compra, lo verdaderamente grave es que el ser humano está sobreexpuesto a este tipo de lógicas e incluso opera en función de ellas, en el inconsciente colectivo, por ejemplo, se encuentran muchos eslóganes comerciales con los que crecimos y los que seguimos replicando en son de broma o como expresión común, incluso de manera global, tal como sucede con el famoso refresco de cola. Lo lamentable de esta situación es que las academias que albergan la mayoría de los estudios de estética están más dedicadas a reinterpretar innumerables veces, el gesto de la Monalisa, mediante un aparato teórico que se ha elegido para tal función -o alguna otra gran obra famosa de la historia del arte occidental-, pero no se indaga en la *aesthesis* humana, como mecanismo fundamental del conocimiento y su relación con el mundo. Las facultades de comunicación -sobre todo primermundistas- nos llevan ventaja en cuanto a cómo opera la sensibilidad y cómo interferir en ella, a tal grado de hacer virar a las personas en su toma de decisiones.

Sólo desde una estética en clave crítica es que se le podría hacer frente a estos mecanismos de manipulación y de creación de la mirada fetichizada, que ansía el consumo salvaje de productos, lo que incluso en algunos sectores ha creado graves problemas de salud, no sólo visibles en las y los acumuladores, sino también directamente en la corporalidad, como en la obesidad -el Sars-Cov-2 evidenció el detrimento de los cuerpos en un México con un elevado índice de obesidad- y con ella los problemas que se siguen como consecuencia. Quizá ese *no sé qué*, que no hemos podido o querido terminar de definir, le confiere a nuestro estudio un tono de posible inferioridad conceptual -en alguna ocasión se tachó a los estudiantes de estética como burgueses ociosos del arte-, no obstante, me parece, esto radicaliza su naturaleza filosófica primigenia, porque es desde esa desubicación que surgen potentes cuestionamientos que permiten repensarnos desde una posibilidad crítica. Si bien el estudio de las poéticas no parece tener hasta hoy alguna rigurosidad conceptual, eso no significa que su análisis sea infértil, incluso en la posibilidad de desarrollar nuevas formas poéticas.

El siglo pasado arrojó dos grandes esfuerzos desde la estética para leer a Marx (Sánchez Vázquez, 1976 y Lifshitz, 2017), desde dicho ámbito. Si bien ambos estudios son loables y bastante iluminadores, se centran en su mayoría, en la estética del arte que de Marx se puede extraer -por supuesto que está implícita la posibilidad de penetrar más allá y generar un análisis estético más profundo-. La posibilidad de extraer una verdadera estética del *no sé qué* de los tratados de Marx, evidenciarían los basamentos sensibles existentes en todo análisis, circunscrito a un ejercicio ético, político y social. Incluso en sus manuscritos de 1844 menciona “La *sensibilidad* [...] tiene que ser la base de toda ciencia. Sólo partiendo de ella, bajo la doble forma de la conciencia *sensible* y la necesidad *sensible* [...] será una ciencia *real*” (Marx, 1968: 123-124). Minimizar el valor de ese *no sé qué*, como lo sugería Umberto Eco en su *Tratado de semiótica general* (2000), sería lo mismo que negar la potencia del misterio de la filosofía misma, ¿no es acaso lo que no podemos explicar fácilmente el reto más grande para la humanidad? ¿No es la causa de toda metafísica? En ese caso preguntaría también, ¿no es una posición cómoda renunciar a un posible saber/sentir, por la lejanía que éste sugiere? Ésta es la misma historia que nos ha condenado a la *anestésica* como parte de una estética cómoda, que no se mueve de sus confortables linderos. Descansa en lo superfluo para evitar el conflicto y el malestar, porque parir ideas es un acto doloroso, como lo podemos leer a través de la figura de Sócrates.

Si bien los objetos de estudio de la estética son difíciles de definir -¿cómo definir las mariposas en el estómago o bien, el enamoramiento?- no dejan de ser la semilla que germina en toda poética; pero mientras tratamos de definirlo con más exactitud nos conformamos con suscribirlo a la *poiesis* artística, mientras que en los ámbitos como la publicidad, mercado y la política, se está explotando como recurso valioso. El control de las emociones y de las susceptibilidades es la garantía del control de la economía y los votos, cuando el sistema se encuentra subsumido en una lógica mercantil. El *no sé qué* es también un peligro si no se controla, ya lo vimos con respecto a la manipulación de las

consciencias, pero también en su naturaleza misma, implica un riesgo para quien es objeto y sujeto del deseo, en cuanto al sustrato del amor; este fenómeno no sólo ha provocado las guerras, los crímenes y las traiciones más antiguas, sino que también ha dado a luz a nuestros tiempos, con todo y la devastación que traemos arraigada. Para llegar a la sensibilidad profunda es importante pasar el rasero de la incomodidad, una risa sincera no puede ser basada en lo superfluo, es sincera porque reconoce su lugar en el mundo, igual que un lamento también es sincero cuando no sólo parte del egoísmo. El enamoramiento, el enojo, la tristeza, la alegría y todos los sentimientos que el ser humano proyecta en los gestos, son ciertamente intensos si surgen de lo profundo; lo contrario no quiere decir que tengamos una imposibilidad de sentir y que toda sensación es falsa, pero sí que es superflua y aparente, esto es, no está potenciada al máximo, porque surge de lo inmediato, el imperativo ontológico de la modernidad capitalista: ser-tener, “si se venera o, mejor dicho, diviniza la riqueza sin límite, no sé cómo se podrá evitar la entrada en nuestras almas de los males que van con ella” (Longino, 2021: 92).

Quizá la categoría estética más popular, la belleza, ni siquiera es suficiente sin la potencia de ese *no sé qué*: “Por sola la hermosura/ nunca yo me perderé/ sino por un no sé qué/ que se halla por ventura.” (D’Angelo-Velotti, 2021: 19). Ese *no sé qué* que representa el misterio insondable de la sensibilidad no está, en realidad, lejos de uno mismo, simplemente las facultades sensibles no le captan dada su sutileza. Es preciso trascender a la *anestésica* que nubla el juicio estético que parece no tener licencia para perderse en lo más próximo o en lo más simple.

3. Lo Otro como la manifestación de lo sublime: la expresión del infinito

Nadie percibe - “ve”, dictaría la tradición oculocéntrica- más allá del egoísmo manifiesto desde la anestésica, que no permite más que el solipsismo autoperceptivo, no se tiene la capacidad para escuchar el lamento del/la Otro/a; el bien, la verdad y la belleza han quedado supeditadas al Yo, “Donde quiera que se les permita se ponen en fila y avanzan en orden de marcha al encuentro del fuego del tambor y de los grandes almacenes. Nadie ve más allá de la espalda del que le precede, y cada cual está orgulloso de ser así modélico para el que le sigue” (Benjamin, 2021: 34). La percepción hacia los y las demás se limita a lo inmediato, no obstante, una vez en la cima del éxito -recuérdese el ejemplo del conferencista Muñoz-, una vez que la figura propia se puede autopercebir como modelo para las y los demás, es que se manifiesta ante las y los otros como ejemplo que busca la redención en la salvación de las y los demás. Negarse a ver la luz que ellos han concebido y desde la cual han conseguido el progreso es oscurantismo y negación ante el éxito; el mundo se vuelve un lugar feliz y las verdades se vuelven más claras.

En una etapa fuerte de aparente progreso lo incómodo se rechaza, ya se ha sufrido y sacrificado bastante como para volver a los viejos caminos, así que surge una ley de la mínima sensibilidad; la correlación sensible surge solamente con aquello que se dignifica

como parte del proceso del éxito, es decir: con aquello que está lejos de la incomodidad; tener poder adquisitivo ofrece las ventajas de alejarse la incomodidad, el imperativo hedonista dicta que: no se tiene la necesidad de sufrir. Los estandartes de una anestésica de la comodidad se basan en la trivialidad, la percepción limitada -sobre todo de personas en estatus inferiores- y la enajenación mediante productos que no tienen que ser siquiera materiales, el efecto de la compra-venta ya significa estatus -la escultura invisible de Salvatore Garau, vendida en 15.000 euros ⁴, en general es más cómodo comprar un terreno en el *metaverso*⁵, que hacerse cargo de alguna persona en situación de desamparo.

El anterior es un vicio heredado de los románticos, para quienes lo negativo -incómodo- o el “lado nocturno de la existencia” (Givone, 2009: 85) sólo puede expresarse mediante el arte. Es así que se busca alejarse del *hedor* (Kusch, 1999) de lo común. El Otro/la Otra son incómodos cuando no ostentan el mismo estatus, porque es todo aquel reflejo de lo profundo en el Yo anestesiado, mientras más lejos de él/ella, más lejos del fracaso, porque el montaje narrativo del éxito se mantiene solamente cuando se rodea de influencia “positiva”, la fraternidad es selectiva. El monstruo de Frankenstein generaba rechazo porque significaba la otredad que permanecía mejor enterrada, aquello a lo que no se le concedió garantía ontológica, que habita en las profundidades de la exterioridad y que estaba bien ahí, enterrado, sin incomodar a nadie; es un espejo incómodo.

Existe un latente temor a adentrarse en lo feo, en lo diferente, en lo Otro. Lo feo no tiene derecho a manifestarse si no es para ser suprimido por lo bello, el filtro de lo bello es el rasero que acaba con la fealdad, la maldad y la falsedad. Pero ésta no es más que una apariencia de la *anestésica*, porque sólo es el rechazo de aquello de lo que no se puede eliminar. La fealdad no es un accesorio de la belleza, aunque sí su correlato, pero no es menos valiosa que aquella, sino que es la hija fea/incómoda que ha estado enclaustrada en la torre del reino, para no afectar la imagen de la familia real, es sólo un ornamento clave. De la misma forma actúan los filtros que se generan constantemente para modificarse la imagen en las redes sociales, el problema no es la *selfie* como lo manifiestan algunos filósofos contemporáneos -Byung Chul Han-, la fascinación por la propia imagen es válida hasta el hartazgo, el problema es cuando se considera embellecedor blanquearse, negar lo propio o hacerse más esbelto. Se rechaza la imagen propia y se distorsiona la idea de belleza a través de un bien conocido *deber ser* otrora bien establecido por los medios comerciales y ahora perpetuado por las redes y los estereotipos adquiridos, como si se tratase de un Síndrome de Estocolmo. Los usuarios están secuestrados ante las posibilidades del mostrarse. La fealdad propia es incómoda y no se está preparado para ella, así que un aparente ligero retoque no adjudica tanta culpa,

⁴ <https://elpais.com/icon-design/arte/2021-12-29/la-prodigiosa-historia-del-plagio-de-la-estatua-inmaterial.html> consultado el 14/09/2022.

⁵ La compra-venta de terrenos en el mundo digital, encuentra en nuestros días un negocio bastante redituable, para las élites que controlan el discurso digital: <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/05/04/cultura/el-metaverso-y-la-caverna-de-platon/> consultado el 14/09/2022.

se hace parte de la narrativa del Romanticismo “lo feo no existe sino en el claroscuro de la belleza” (Givone, 2009: 86).

El humor ha sido otro canal de salida para la fealdad, se tolera mientras sea risible, porque eso le confiere una supuesta condición de fantasía. La propia imagen a través de un filtro para *selfie* que agrande los rasgos y los haga feos es meramente con un juego cómico. La comedia entonces haría las veces de aquel filtro que aligera la fealdad, no obstante, y aunque el papel de la comedia sea bastante loable en estas reflexiones, es importante reiterar que ésta es una estética de la incomodidad y que con ella participan la fealdad, lo amargo, lo ruidoso, lo áspero y lo maloliente, porque es todo ello lo que se quiere saltar sin pasar por él, esto es lo que sugiere el mismo Rozenkranz en su *Estética de la fealdad* (1922). No se busca aquí un analgésico o un alucinógeno que nos modifique la realidad, sino un elemento potenciador de la percepción, que nos permita ir a las profundidades de nuestro contexto, primeramente, nuestro Sur, esto es también un escalafón menos en los niveles de la descolonización, “la pérdida de los talentos actuales se debe a la superficialidad en que pasamos la vida, pues sólo trabajamos y estudiamos por la alabanza y el placer, no por un motivo digno de emulación y respeto” (Longino, 2021: 93).

Lo/las Otros/as son una puerta al abismo de lo sublime, aunque en una lógica anestésica se traduce más en lo grotesco; sin embargo, se puede decir que ellos y ellas son el reflejo de miserias y anhelos no logrados del ser humano que, sobre una cultura edificada en el consumo, no manifiestan la dignidad suficiente bajo la que se reconocen. El Otro y la Otra son ahora las ruinas “cuando contemplamos ruinas no vemos sólo nuestro pasado, sino también nuestro futuro” (Pastor, 2021: 8). Esto porque ese pasado y ese futuro son lo esencial de las y los seres humanos, son las relaciones sociales y el detrimento de las mismas, así como de nuestro hogar, el Planeta.

Lo sublime es “una puerta que implica nada menos que la extensión de la estética más allá de los dogmas formales y limitativos de lo bello” (Pastor, 2021: 11). La mirada del Otro/Otra es un asomo al abismo de lo sublime, pero no se debe confundir con lo feo o lo terrorífico, que desde la incomodidad llama a ser contemplado y experimentado en su misterio y en su grandeza, pero no sólo hasta ser trascendida la etapa anestésica. Mientras se permanezca en aquella etapa, la mirada del Otro/la Otra, no se percibirá más que como una presencia incómoda, que, a lo mucho, generará la sensación de lo siniestro, por ello es preciso huir. El Otro/la Otra puede ser -en su sufrimiento- una tempestad irresoluble e incognoscible, esa tempestad refleja mediante su lamento, el sufrimiento que no se quiere conocer de primera mano. Esa Otredad, en su dolor, es la *negación negada* (Dussel, 2021), lo incómodo que prefiere no percibirse; es lo sublime, pero en una etapa más tormentosa que llamativa, es estremecedor, pero no al grado de hacerse cargo éticamente, sino de siempre tomar una distancia estratégica para seguir pensando en ello como un fenómeno incontrolable que está fuera de las propias manos “para el sujeto, el

otro es siempre un “ansiógeno” porque lo obliga a preguntarse “¿Quién soy yo?”, y sobre todo “¿Quién soy yo para el Otro?” (Saleci, 2018: 201).

Lo inconmensurable es el profundo dolor manifiesto en el lamento y el malestar del hambriento, de quien padece el frío más salvaje, del torturado, del vejado en su corporalidad, quienes son, al final, consecuencia de un sistema que intercambia dolores por placeres entre unos y otros, cuando esto logra ser percibido; si se rompe con la anestésica que le tenía secuestrada, la persona “se siente desvalid[a], amenazada su integridad por un espectáculo objetual que le sobrepasa” (Pastor, 2021: 12). En su pequeñez el sujeto se sitúa con temor, pero también con cierta necesidad extrañamente placentera de seguir ahí, es el rasgo que le hace ver los límites de sí mismo, quizá. Es preciso trascender el estadio anestésico para que el sujeto se haga cargo desde su consciencia estética, en función de una *praxis* ética que le permita auxiliar al otro/la otra.

4. Síndrome de abstinencia y efectos secundarios de los analgésicos: angustia, dolor, asco e incomodidad

A todo efecto enervante le llega su fin, pero no a todos/todas los/las que los consumen se les termina, sobre todo a quienes pueden seguir solventando su uso de paliativos. Pero qué se esperaba si justo estos analgésicos no eran mediaciones inocentes mientras pasaba el malestar, porque ese malestar incómodo está siempre presente si no se toma la dosis necesaria para disociarse de la realidad. Ese sedante es en realidad un paliativo para caminar directamente a la muerte, mientras se coleccionan males - enfermedades reales causadas por los excesos- que exigen cada vez anestésicos más fuertes: aparece la angustia.

Imaginemos por un momento el colapso de todo el sistema digital que nos sostiene en la actualidad. No sólo dicho sistema nos ha acompañado y ayudado a atravesar una fuerte pandemia que nos hizo ver nuestra fragilidad y con ello la invasión de la angustia. Pero infortunadamente no sólo en cuanto a lo utilitario se padecería la pérdida de los sistemas informáticos. Consideremos que las personas nacidas en el nuevo milenio no conocen otra realidad, más que la creada por el mundo virtual, aunque parezca excesivo decirlo. Hay ciertas imposibilidades por buscar un libro en una biblioteca, por convivir con otras personas o simplemente, en los casos más extremos, salir al exterior. La virtualidad también es generadora de los anestésicos que ya de por sí invadían la realidad contemporánea.

La angustia es un concepto bastante presente en la filosofía y en la estética, pero además presente en nuestras vidas, sin embargo, parecen cada vez implementársele más objetos que la generan, como mencioné con respecto a las nuevas tecnologías. La caída del mercado genera angustia, la pérdida de la fe, lo efímero de la vida, los fallos de la ciencia y la razón y muchas otras condiciones, hacen patente la supuesta miseria de la humanidad. Vivimos en un mundo en el que las posibilidades bélicas de destrucción son

más grandes que si sumáramos los alcances de la medicina y la erradicación del hambre en el mundo. Los paliativos, antes mencionados, contribuyen a la distracción de tales angustias, mediante el brillo de los aparadores y el lindo aroma de una colonia extravagante. Pero la amenaza del Yo real siempre será patente “no deberíamos olvidar que la angustia surge de la percepción cambiada que tiene el sujeto de sí mismo y también los cambios en su propia posición en la sociedad” (Saleci, 2018: 18). Por poner un ejemplo de entre los desórdenes en cuanto a la percepción de sí mismo, se halla la dismorfia, que afecta la percepción de la persona misma; aquí se reitera justamente, lo poco ejercitado que se encuentra el nivel sensible en nuestra época. Las personas ya no se perciben más que como una imagen y esto genera angustia, pues en sentido estricto una persona nunca se verá fuera de sí misma, a pesar de mirarse en un espejo o en una *selfie*, nada es garantía de lucir como luce para las y los demás. La mera visualidad y la desorientación de los demás sentidos mantienen frágil a la imagen propia, porque precisamente no somos mera imagen, sino un todo sensitivo y sentimental.

Ni hablar del fuerte desconocimiento de la propia sexualidad en las personas, que es parte del no ejercitar el reconocimiento sensual. La dismorfia como manifestación actual nos hace manifiesta la necesidad de lucir bien, al final de cuentas siempre es para los y las demás, aunque se construya la fantasía de que es para el propio individuo, el conflicto es que las personas están reducidas a su imagen, esto es producto del *oculocentrismo*⁶. La incomodidad del propio reflejo y la caída en el abismo de la fealdad es tan insoportablemente incómoda, que se precisa de diferentes herramientas para modificarse, desde un simple filtro hasta la intervención quirúrgica. No por nada los Estados Unidos, el centro del capitalismo, tiene el registro más alto a nivel mundial de intervenciones quirúrgicas⁷. Al final de cuentas, si una persona se produce o no, no hay más salida posible que la del reconocimiento de su propio ser, de su belleza, pero también de su fealdad. Todo lo accesorio se va distorsionando con el tiempo a riesgo de volverse incluso monstruoso -tal como lo muestra el filme del surcoreano Kim Ki Duk, *Time* (2006) en la que la joven protagonista no se reconoce a sí misma después de múltiples modificaciones-

La hiperproductividad que en nuestra realidad suele ser vista como una virtud en ciertas personas, no es otra cosa que el distanciamiento de sí mismo como ente sensible, para convertirse en ente productor, al grado de que su vida ya no significa nada en el tiempo de ocio. Hay gente que se angustia por descansar o que no ha tomado unas vacaciones del trabajo, por temor a dejar de ser productiva. Esto no es diferente de la imposibilidad de pensarse de aquellos que salen de un confinamiento largo en prisión y no encuentran más solución que regresar o suicidarse antes que salir, no imaginan ni desean una vida fuera, porque se les ha cercenado la imaginación y la creatividad, en

⁶ Véase mi *Decolonialidad del sentir* (2020), en: <https://publicaciones.unpa.edu.ar/index.php/1/article/view/715#:~:text=Una%20est%C3%A9tica%20colonial%20aleja%20a,que%20permite%20la%20vida%20misma>.

⁷ <https://www.forbes.com.mx/hacia-donde-transitan-las-cirugias-esteticas/> consultado el 14/09/2022.

muchos de los casos. Personas que llegan a la jubilación buscan un nuevo empleo para no sentirse inútiles, no conciben su vida sin la lógica de producción porque el sistema les convirtió en un producto en el mercado. Estar consigo mismos es chocante, es incómodo, porque se pueden enfrentar al vacío acumulado por los años, la soledad no se acaba en compañía y la libertad, aún en su manifestación espacial más superficial es desconocida. La estancia consigo mismos es no sólo insoportable, sino angustiante e incómoda. Una vez más, la vida como imagen-reflejo para otras personas no significa nada sin dejar un legado, al menos en su lecho las personas reconocerán los trabajadores que eran, es a ese deseo que se aferran. El mundo está manifestando un malestar que nos queda muy claro; entendemos lo que está sucediendo, pero -se habita en el engaño- no se puede hacer nada, para qué angustiarse, la cultura neoliberal nos ha mostrado que nadie puede cambiar al mundo y quien trata de hacerlo no tiene muy buen fin, así que es mejor evitar en lo posible la angustia, perderse en las múltiples posibilidades de las plataformas en *streaming* -que ya superaron a la TV tradicional- y darse un “gusto” con alguna chatarra para consumir.

El problema es cuando se acaba el analgésico y no se puede conseguir más, bueno, de momento disfrutémoslo mientras dure, ya después pagaremos con la vida por más, hasta terminar hechos despojos. Mientras todo transcurre en imágenes amables, en la exterioridad se desarrolla un mundo real, uno que ni siquiera el cine postapocalíptico imaginó tan devastado. Lo que sí no podemos es conformarnos, porque si algo nos enseñó el neoliberalismo es que la conformidad es para mediocres, siempre hay que querer más de todo lo bueno, de todo lo que nos aleje de la incomodidad y nos dé un satisfactor trivial. Es curioso que la gente se angustie hoy en día por amor -por falta de él o por no saber cómo lidiar con el mismo- y por la falta de habilidades sociales, cuando el amor y las habilidades sociales son aquello que manifestaba desde el principio de esta reflexión como lo esencial -sí, eso que supuestamente dijimos que es invisible a los ojos-. Justamente la necesidad de construir una estética de la incomodidad, no es meramente para negar el goce o para regresar a alguna situación originaria, no. Se trata en todo caso de una medida necesaria y urgente, sin la que el panorama para la interpelación humana resulta menos que imposible.

Ya se evidenció que la mera generación racional de tratados y análisis advirtiéndonos de estos peligros no son suficientes -pero tampoco inútiles, sino complementarios-. El objetivo de estas hipótesis es fortalecer la sensibilidad profunda y el *sentido común* -como sensibilidad común (Delgado, 2020)-, para reconocer y actuar en consecuencia, en solidaridad con las y los Otros, que son víctimas de este sistema que tanto tiempo les invisibilizó, les silenció, les descorporeizó y les enmudeció. Es importante despertar la capacidad de amar y de sentir a la Otredad, para que desde ahí se lleve a buen puerto la sanación y se rehabilite de la dependencia a los anestésicos que no nos permitían más que ver fantasmas que nos atemorizaban. El cine, que ha sido otra de las herramientas más potentes como arma de ideologización y de control sensible, nos enseñó que podía proveer de analgésicos a toda una nación y más allá a partir de la crisis económica del 1929. Crea enemigos cuando es necesaria, distribuye de angustia si así se

requiere, pero sobre todo domina las pasiones humanas y los deseos a tal grado que no sólo nos dice a quién odiar y a quién querer -la Academia de las Artes y de las Ciencias Cinematográficas en cada edición nos determina la atención, hacia un fenómeno creado por ellos mismos-. Si se controlan y se manejan las pasiones y las angustias, entonces se controlarán también las consciencias, lo que hará marchar a una nación para contribuir también a la dinámica de consumo.

La adicción al trabajo es el reflejo perfecto de un negocio redondo en el que el trabajador cumple su jornada como buen engranaje, herramienta y fuerza de trabajo, para dar paso a su tiempo de ocio en el que no deja de negociar, porque en su tiempo de ocio no descansa más de lo que consume, pero a veces se excede en las capacidades de consumo, no importa, todo está bien porque su nivel de compromiso con el trabajo le ha hecho acreedor a una tarjeta de crédito, es decir, el sistema le ha acreditado como una persona de fiar -o no, pero al sistema ya no le importa porque le puede controlar-. El trabajador está inmerso en una lógica que lo tiene secuestrado, no hay vuelta atrás y si es un clasemediero aspiracionista, debe seguir consumiendo sus dosis de analgésicos sensibles; no se llega al éxito atendiendo a los “detalles” de la vida, ni a las necesidades de los demás. Es curioso, pero el pánico seguido de la angustia es más fuerte cuando viene de situaciones imaginarias en las que las personas se reflejan, que, en un fenómeno real, por ejemplo, ¿el hambre y la miseria cuánto pánico han causado realmente en el mundo, como para movilizar a los gobiernos y a la población civil? Las narrativas de los Estados - como la del 11/S- consiguen generar los malestares más profundos, porque así es como se contendrá a la población civil, éste es el estilo de lógica maquiavélica, en la que, en lo profundo, refiere al control de las emociones: miedo, angustia, respeto, cariño y admiración.

Una amenaza a la salud es igual de tumultuosa que un fin de semana de ofertas, es decir: la gente se pelaba por papel de baño a la entrada de la cuarentena por el Covid-19, pero no era muy diferente del *Black Friday*, en el que se han llegado a registrar caso de heridos de gravedad. Insisto, la gente no se pelea por un televisor o por un horno de microondas, sino por su dosis de anestésico que les suministra el consumo

Mientras el gobierno pide a todos que compren cinta adhesiva para protegerse de un posible envenenamiento del aire y todos usan máscaras para protegerse de los virus, la industria farmacéutica se hace cada vez más rica vendiendo todo tipo de drogas anti angustia y hay otras corporaciones que alientan a los estadounidenses a usar la llamada “terapia de compras” para calmar el miedo (Saleci, 2018: 32).

La terapia aleja de lo incómodo de sentirse en riesgo, no se quiere llegar al miedo. Dentro de cada uno y cada una hay una creencia afianzada de que mientras mayor capacidad de consumo se tenga, se será más apta o apto para sobrevivir. No se trata de comunidad, sino de egoísmo. Acabar con los insumos para asegurar la propia existencia. El *coaching* de vida y la autoayuda nos siguen motivando a la idea de éxito, es la industria de la *salvación*, no se salva quien se preocupa por lo que no puede resolver -el hambre en el mundo-, se salva quien aprende a ver lo bello dentro del caos, lo maravilloso de estar

vivo aun en tiempos de catástrofe, claro, mientras se tengan los suficientes recursos. Es decir, la promesa es solamente para seguir anestesiados. Su fórmula es el egoísmo y no el espíritu de comunidad: un hedonismo superfluo.

La angustia incomoda y motiva con ello a la conciencia crítica, a la resolución de situaciones, porque busca una *praxis* que libere de dicha condición. Por ello la angustia, como momento de la incomodidad, es fundamental para la toma de consciencia, la resignificación de la sensibilidad y la transformación. El camino es doloroso, porque sólo en la exploración de la propia sensibilidad y atravesando por las propias angustias es como se trasciende aquello que hay que sanar, es como el síndrome de abstinencia, no hay camino alguno que atravesar para liberarse de su dependencia, será doloroso, incómodo y angustiante, incluso un enfrentamiento con la idea de la muerte misma, pero si se trasciende aparecen mayores posibilidades de vida. El refresco Coca-Cola, por ejemplo, es una sustancia que a pesar de lo nociva que es para el cuerpo humano, es adictiva, no sólo en cuanto a su reacción química en los cuerpos humanos, sino también en cuanto a su publicidad, porque es la promesa de la reunión familiar y “la chispa de la vida”, es el aditivo perfecto para contraatacar un día pesado y caluroso. Pero el beberla es contraproducente, sobre todo si su consumo es constante. Bajo el amparo de esta lógica se confía siempre en el enemigo, porque es quien genera una sensación de bienestar, se ha infiltrado en el cuerpo, en la propia subjetividad y hasta en las relaciones sociales.

Contra el control del deseo la angustia y en el trasfondo estético: la incomodidad. La fórmula no es difícil de analizar, el deseo está siempre ligado a la insatisfacción, quien controla los deseos de las personas, ha manipulado su sensibilidad y puede bien transformar alegrías en miedos cuando así lo requiera el manejo de su sistema. La incomodidad es importante, porque se busca salir de ella, será siempre la señal de lucha ante lo que no se quiere realmente, un paso más cerca de la sensibilidad propia, se sabe que hay insatisfacción y el primer paso es buscar trascender a esa incomodidad, pero no mediante anestésicos, la promesa después de trascender la angustia es la etapa *sinestésica*, que implica una sensibilidad potenciada y ampliada, de tal manera, que los otrora detalles mismos, serán significativos para la construcción propia. Pero esto no es una fórmula ni solución definitiva, sino una posibilidad que debe enriquecerse con otros ámbitos de la naturaleza humana, “una sociedad sin angustia sería un lugar muy peligroso en el que vivir” (Saleci, 2018: 206).

5. Lo que me incomoda me hace más fuerte: los caminos de la diferencia y las fobias

Aporofobia, transfobia, homofobia, lesbofobia, gordofobia, gerontofobia, misoginia, xenofobia y un gran número de supuestos miedos irracionales, no son más que otras formas de nombrar discursos que encubren el odio y el temor a lo diverso. Es paradójico que estos discursos resulten más diversos que lo que debería ser tolerable en las personas, la negación ha sido la única manera de que algunas personas diversificaran su lenguaje, aunque sea para prestarse a nuevos modos de exclusión. Esa diferencia es

parte del mundo que, quienes viven anestesiados, no se han atrevido asentir, porque se encuentran segados en cuanto a su sensibilidad. Creen tener, en su manual del buen gusto y de la moralidad en turno, la certeza de lo que *es* y lo que *no es* en el mundo, pero este mundo, no se olvide, es el que le construyeron los enervantes que le han mantenido la sensibilidad atrofiada. Como se ha insistido, se podría deducir que el camino a la rehabilitación comienza con la exposición a la incomodidad, lo que no es más que el arribo al mundo y la abstinencia de las medidas cautelares estériles del sistema. Las consecuencias de la enajenación en este sentido van desde las violencias directas, hasta la invisibilización de estos mismos fenómenos, aun cuando puedan ocurrir frente a las mismas personas. La psicosis, sobre todo en países como Estados Unidos, ha llevado a quienes creen tener certezas -mediante voces- a asesinar en masa a sus pares en el colegio o en alguna plaza pública. De segunda mano las personas adormecidas replican estas violencias cuando no son capaces de sentir empatía por el dolor ajeno ante el hambre o cualquier tipo de violencia.

La violencia intrafamiliar, los feminicidios, los infanticidios, la exclusión de las personas de la tercera edad, la tortura, el maltrato a la comunidad LGTTIQ y el hambre, como uno de los padecimientos más terribles y sistemáticos a los que se enfrenta el cuerpo internamente, son situaciones que no podrían tener lugar en el mundo, si éste fuera un mundo sano estéticamente, esto es, si las personas tuvieran ejercitadas sus cualidades *sinestésicas*, que es la capacidad de captar con una sensibilidad profunda a las y los demás, como parte de la diferencia que constituye al mismo Yo. Si bien el mundo parece estar hecho para hombres blancos, heterosexuales, jóvenes y privilegiados, la sensibilidad de la que partimos está tremendamente sesgada y limitada a su mínima y pobre expresión. La humanidad estará sana, cuando la sensibilidad sea tan profunda, que contenga los actos de violencia y de exclusión que priman al día de hoy con tanta fuerza, cuando sea impensable un solo caso de hambre en el mundo, porque el dolor del Otro y de la Otra me incomoda y me revuelve el estómago, por lo que no podré continuar adelante, sino hasta que me cerciore de que tal situación se ha superado. Se busca así llegar a la resistencia -principalmente a los analgésicos-, para potenciar una *praxis* que permita transformar la realidad y superar las lógicas de muerte de una *necroestética* construida desde el *marketing*.

Referencias

BENJAMIN, Walter (2021), *Calle de sentido único*. Madrid: Akal.

D'ANGELO, Paolo y VELOTTI, Stefano (eds.) (2021). *El "no sé qué". Historia de una idea estética*. Madrid: Casimiro.

DELGADO, Arnaldo (2020). *Prolegómenos sobre el esteticidio. Hacia una estética de lo común*. Ciudad de México: Itaca.

- DUSSEL, Enrique (2021). *Filosofía de la liberación. Una antología*. Ciudad de México: Akal.
- ECO, Umberto (2000). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: LiverDuplex.
- GIVONE, Sergio (2009), *Historia de la estética*. Madrid: Editorial Tecnos.
- HEGEL, G. W. F. (1991). *Lecciones de estética*. Barcelona: Península.
- KUSCH, Rodolfo (1999). *América profunda*. Buenos Aires: Biblos.
- LEVINSON, Jay (2009), *Marketing de guerrilla*. Nueva York: Morgan James.
- Longino (2021). *De lo sublime*. Barcelona: Acantilado.
- MARX, Carlos (1968), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Ciudad de México: Grijalbo.
- MORA, Francisco (2007). *Neurocultura*. Madrid: Alianza.
- NUÑEZ, Sandino (2014). *Breve diccionario para tiempos estúpidos. Observaciones oscuras sobre ontología pagana*. Montevideo: Criatura Editora.
- PASTOR, Juan Francisco (2021). *Ruinas. Poética y estética de lo sublime*. Madrid: Vola Archivos.
- ROZENKRANZ, Karl (1992). *Estética de lo feo*. s/l: Andemi.
- SALECL, Renata (2018) *Angustia*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- _____ (2021) *El placer de la transgresión*. Buenos Aires: Ediciones Godot.